

Ganando el hogar eterno

Mas nuestra ciudadanía está en los cielos,...
(Filipenses 3.20–21).

¡LA mención misma del cielo refresca el espíritu y enriquece nuestro pensamiento! El cielo es la cumbre de las metas y las esperanzas de la gente de Dios. Es la recompensa eterna que Dios les ha prometido a sus hijos fieles. A los cristianos, ¡el cielo es lo de que se trata!

¿Es el cielo un lugar, o es simplemente un estado de existencia? La Biblia enseña que es ambos, pero no nos da una descripción completa que incluya cada detalle. El Señor nos ha dado suficiente información sobre el cielo para alentar nuestras esperanzas y motivar nuestro deseo de ir allá. Si perdiéramos el cielo, perderíamos todo.

Pablo les escribió a los santos corintios:

Conozco a un hombre en Cristo, que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo. Y conozco al tal hombre (si en el cuerpo, o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe), que fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar (2 Corintios 12.2–4).

La mención en este pasaje del “tercer cielo” llamado “paraíso” en versículo 4, infiere un primero y segundo cielo. La Biblia describe tres lugares bajo el nombre “cielo”. El primero es el espacio sobre la tierra, o atmósfera, en el cual vuelan los pájaros. Jesús dijo, “Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del hombre no tiene

donde recostar su cabeza” (Mateo 8.20). El segundo es el firmamento, o el espacio, donde están los cuerpos celestiales incluso el sol, la luna, las estrellas, y los planetas. David dijo, “Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. Un día emite palabra a otro día, y una noche a otra noche declara sabiduría” (Salmos 19.1–2). El “tercer cielo” es el lugar donde mora Dios, el lugar al cual Jesús ascendió de la cima del monte de los Olivos. David dijo:

Jehová está en su santo templo; Jehová tiene en el cielo su trono; sus ojos ven, sus párpados examinan a los hijos de los hombres (Salmos 11.4).

Jehová miró desde los cielos sobre los hijos de los hombres,
Para ver si había algún entendido,
Que buscara a Dios (Salmos 14.2).

Salomón, en su gran oración de dedicación del templo cuando la construcción del mismo se había terminado, oró diciendo:

Pero ¿es verdad que Dios morará sobre la tierra? He aquí que los cielos, los cielos de los cielos, no te pueden contener; ¿cuánto menos esta casa que yo he edificado? (1 Reyes 8.27).

Después de que Jesús había comisionado a sus discípulos, “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura” (Marcos 16.15), Marcos

registra, “Y el Señor, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios” (Marcos 16.19). En su amonestación a los amos de los sirvientes, Pablo dijo, “Y vosotros, amos, haced con ellos lo mismo, dejando las amenazas, sabiendo que el Señor de ellos y vuestro está en los cielos, y que para él no hay acepción de personas” (Efesios 6.9).

En su infinita sabiduría, Dios juzgó conveniente pintarnos el cielo con vislumbres fugaces y descripciones parciales más bien que con un gran cuadro glorioso. Al darnos vislumbres variados, aquí un poco, allá un poco, de cómo será nuestro hogar eterno, Dios ha revelado suficiente para proveernos con los conceptos adecuados para hacer que anhelemos ir allá; y al mismo tiempo Él ha dejado suficiente sin ser revelado, para crear en nosotros una palpitante anticipación de cómo será la vida eterna en el hogar eterno.

I. UN REINO ETERNO

Jesús describió el cielo como un reino eterno y celestial. En el juicio final, el Rey les dirá a las almas que estén a su mano derecha, “Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo” (Mateo 25.34). Los reinos siempre han tenido una atracción fascinante para los hombres. Los conceptos del poder y de la fuerza ejercitados por reyes y armadas absorben la mente humana al pensar en un reino. Cuando Juan el Bautista comenzó su ministerio preparatorio para la venida del Mesías, anunció que el reino del cielo se había acercado. Jesús y sus discípulos, primero los doce, entonces los setenta, continuaban a proclamar el cercano advenimiento del reino. Cuando Jesús enseñaba que los ciudadanos del reino de los cielos serían los que practicaban las beatitudes dadas en Mateo 5.1–12 más bien que la gente que ejercitaba poder militar usando armas físicas, les era difícil a aquellas personas borrar de su mente la idea de un reino terrenal y material.

Aún hoy en día cuando la gente piensa en un reino, usualmente lo concibe en términos tales como la Babilonia antigua, Francia bajo Luis Catorce, o Israel bajo Salomón. Pero tales reinos, aún bajo sus más grandes reyes, palidecen a la insignificancia comparados con el eterno reino “preparado para vosotros desde la fundación del mundo”. Los soldados, al igual que los ciudadanos de los gloriosos reinos del pasado, sufrieron indecibles infortunios y privaciones. Piense en las terribles condiciones de pobreza de diezes de miles durante el “reino del sol” de Luis Catorce de Francia, y el miedo y la aprensión de la gente

bajo la mano de hierro de un tirano tal como Nabucodonozor, ¡ni mencionar las terribles cargas de impuestos bajo el reino de Salomón! La enfermedad, la pestilencia, el hambre, y la escualidez caracterizaban grandes porciones de las ciudades en aquellos reinos. ¡Cuánto habrán sufrido las esposas y niñas durante campañas militares cuando sus esposos y padres estaban lejos por meses y años sin volver a sus hogares! Compare esas terribles condiciones con la alegría, el gozo, y la seguridad eterna de los que son “benditos del Padre”. La historia registra los fracasos, las injusticias, y las derrotas de innumerables reinos, pero los fieles santos de Dios heredarán el verdaderamente grande y glorioso reino preparado por el Señor mismo, el cual será eterno en su duración.

Poco antes de su ejecución por emisarios de uno de los más crueles reyes de esta tierra (el emperador romano Nerón), Pablo escribió de su celda en la cárcel en Roma a su amado hijo en el evangelio, Timoteo, “Y el Señor me libraré de toda obra mala, y me preservará para su reino celestial. A él sea gloria por los siglos de los siglos. Amén” (2 Timoteo 4.18). Y Pedro amonestó:

Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás. Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo (2 Pedro 1.10–11).

II. UN HOGAR ETERNO

El cielo es descrito por Jesús como “la casa del Padre”. Una de las declaraciones más emocionantes y consoladoras es ésta:

No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis (Juan 14.1–3).

La “casa del Padre” en este pasaje no es la iglesia, ni debe confundirse con “la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente” en 1 Timoteo 3.15. Jesús está hablando del hogar eterno de los redimidos. En ello hay “muchas moradas” que el Señor ha ido a preparar para los santos. La expresión común “el cielo es un lugar preparado para una gente preparada” es verdad. La gloria y el esplendor de la “casa del Padre” con sus muchas moradas nunca será corrompida o demolida por temblores,

ciclones, huracanes, o calamidades que muchas veces destruyen aún las más bellas mansiones edificadas en el mundo por manos de hombres.

¡Hogar eterno! ¡Qué hermosas suenan estas palabras! Pensamos del hogar como un lugar de tierno amor, de íntimas relaciones gozosas, de bienestar, y de seguridad. El hogar eterno del alma es todo eso y más. Todos los atributos que se combinan para hacer la vida agradable y digna de vivir estarán en aquel hogar eterno, en perfecta simetría.

III. UNA HERENCIA ETERNA

El cielo es la herencia de un cristiano. Tal como la gente de Dios, Israel, heredó la tierra prometida de Canaán, así la gente de Dios heredará el hogar celestial. Como los cristianos han nacido de nuevo y son hijos de Dios, son los herederos de su maravillosa herencia. Pablo dijo, “Pero nuestra ciudadanía está en los cielos...” (Filipenses 3.20). También les dijo a los cristianos romanos:

Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados (Romanos 8.14–17).

Pedro reveló cuatro cosas de la herencia del cristiano:

Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero (1 Pedro 1.3–5).

Primero, no es “*corruptible*”. La herencia no es perecedera, ni sujeta al decaimiento por el tiempo erosionante, como una herencia terrenal. “Pues las cosas que se ven son temporales, mas las que no se ven son eternas” (2 Corintios 4.18). Las herencias materiales perecen con las mareas arremetedoras del tiempo, y aún nuestros cuerpos físicos vuelven al polvo; pero la herencia del cristiano dada por nuestro Padre celestial no es sujeta a la corrupción. Segundo, nuestra herencia es “*incontaminable*”. Una herencia terrenal, ya sea dinero o bienes,

siempre está sujeta a la corrupción. Una hermosa casa nueva puede estar en un ambiente perfecto, reluciente como una joya, y sus colores y su arquitectura tales que causen que los transeúntes se paren para admirarla, pero su belleza y su existencia misma siempre están sujetas a la corrupción por medio de incendio, vandalismo, etc. Pero la herencia de los santos no puede ser desfigurada o vandalizada por enemigos. No habrá enemigos en el cielo ni ningunos contaminantes que desfiguren su belleza. Tercero, “*no se marchita*”. “La herencia de los santos en luz” no es como ninguna cosa que heredemos en el mundo. Cualquier cosa que heredemos que sea de naturaleza material, tarde o temprano se marchitará. Me he quedado con la boca abierta de asombro al mirar los hermosos Jardines de Rododendros en la Montaña Roan en la primavera, pero su hermosura pronto se marchita. Maravillosos jardines de flores en sus multicolores pronto se tornan cafés, se marchitan, y vuelven a la tierra. Pero la gloriosa hermosura del hogar eterno nunca se marchitará. Luce su frescura y su esplendor para siempre. Cuarto, está “*reservado en los cielos para vosotros*”. La reservación ha sido hecha para nosotros. No se pueden comprar boletos para entrar por las puertas aperladas. El Señor mismo ha hecho nuestra reservación. El dijo, “... voy, pues, a preparar lugar para vosotros”.

Mientras yo vivía en Boston, traté sin éxito por varios meses de asistir a un concierto de la famosa Orquesta Boston Pops, pero nunca puede obtener una reservación. Pero en el cielo no será así. Todos los santos de Dios tienen reservaciones ya hechas para ellos, seguramente guardadas por el poder de Dios por medio de la fe.

IV. UNA CIUDAD ETERNA

El cielo también se representa como una ciudad eterna con cimientos eternos. Los hombres han edificado ciudades desde los días de Caín y Nimrod (Génesis 4.17; 10.11–12). Algunas de las grandes ciudades desde hace mucho tiempo han pasado al olvido, y las palas de los arqueólogos desentierran evidencias de su existencia. En nuestra generación, ciudades como México, Tokio, y Nueva York representan las más grandes edificadas por el hombre. El registro de los historiadores de Babilonia, con sus hermosos jardines pendientes y sus muros masivos sobre los cuales se podían manejar cuatro carros de frente, nos intriga. Pero Babilonia, al igual que tantas otras de las grandes ciudades, ha pasado de la tierra. Aquellas ciudades eran vulnerables al ataque

de enemigos, a la pobreza, y a las miserias humanas. Pero no es así con la ciudad eterna de Dios. El autor de Hebreos dijo, "Porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir" (Hebreos 13.14). Otra vez dijo el autor acerca de Abraham:

Porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios... Pero anhelaban una mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad (Hebreos 11:10, 16).

El cuadro más gráfico y asombroso de cielo como la hermosa ciudad de Dios se le reveló al amado apóstol Juan en la Isla de Patmos. Juan escribió:

Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más. Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descendiendo del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido... Y me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, teniendo la gloria de Dios. Y su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana como el cristal. Tenía un muro grande y alto con doce puertas; y en las puertas, doce ángeles, y nombres inscritos, que son los de las doce tribus de los hijos de Israel... La ciudad se halla establecida en cuadro, y su longitud es igual a su anchura; y él midió la ciudad con la caña, doce mil estadios; la longitud, la altura y la anchura de ella son iguales... La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna, que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera... No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira; sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero... Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones... No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos (Apocalipsis 21:1-2, 10-12, 16, 23, 27; 22:1-2, 5).

V. UN DESCANSO ETERNO

El cielo es un lugar de descanso eterno para la gente de Dios. Todos nosotros sabemos cómo es trabajar largas horas y volver a casa tan cansados que casi no podemos poner un pie frente al otro. ¡Qué alivio es sentarse por un rato y descansar! Jesús prometió el descanso a los que vendrían a él por salvación y vida:

Venid a mí todos los que estáis trabajados y

cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga (Mateo 11.28-30).

El autor de Hebreos dijo:

Temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado... Pero los que hemos creído entramos en el reposo, de la manera que dijo:

Por tanto, juré en mi ira, No entrarán en mi reposo; aunque las obras tuyas estaban acabadas desde la fundación del mundo... Procuremos, pues, entrar en aquel reposo, para que ninguno caiga en semejante ejemplo de desobediencia (Hebreos 4:1, 3, 11).

En la isla de Patmos Juan escribió, "Oí una voz que desde el cielo me decía: Escribe: Bienaventurados de aquí adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen" (Apocalipsis 14.13).

Muchos me han preguntado, "¿Cómo será el cielo? ¿Qué tipo de lugar piensa Ud. que de veras es? ¿Cómo será la calidad de vida allá?". En respuesta a éstas y similares preguntas, observo primero que *el cielo será un lugar de belleza, alegría, y gozo eternos.* El salmista dijo, "Me mostrarás la senda de la vida; en tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre" (Salmos 16.11). Pedro escribió, "Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca" (1 Pedro 5.10). En la epístola de Pablo a los santos en Roma, escribió, "Vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad,... Pero gloria y honra y paz a todo el que hace lo bueno, al judío primeramente, y también al griego" (Romanos 2:7, 10). *Sin duda, Pablo describe en estos versículos cómo es la vida del cielo: "gloria y honra,... y paz".* No se puede concebir de nada que sea mejor que esto.

Pero antes de que los hijos de Dios puedan entrar en las glorias del hogar eterno, tendrán que transformarse sus cuerpos físicos. Pablo les escribió a los santos corintios:

Pero esto digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción.

He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojo,

a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad (1 Corintios 15.50–53).

Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos. Y por esto también gemimos, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial; pues así seremos hallados vestidos, y no desnudos. Porque asimismo los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia; porque no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida (2 Corintios 5.1–4).

Aún otra vez Pablo dijo acerca del cambio que tiene que tomar lugar:

... esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas (Filipenses 3.20–21).

CONCLUSIÓN

Un verso de una grande y antigua canción espiritual dice, “No todos los que están hablando del cielo irán allá”. Abundan las concepciones falsas e ideas erróneas en cuanto a quiénes estarán en el cielo. El Doctor Michael Ramsey, Arzobispo de Canterbury, y antiguo presidente del Consejo

Mundial de Iglesias, hizo una declaración típica de algunas de las ideas antibíblicas que tiene la gente en cuanto a quiénes son los herederos del cielo. El dijo, “El cielo no es un lugar al cual nosotros humanos vamos en nuestro estado corporal actual, ni es un lugar sólo para cristianos. Los que han llevado una buena vida en este mundo pero quienes encontraron que no eran capaces de creer en Dios no serán excluidos del cielo. Cuento con encontrar allá algunos que son ateístas hoy día”. Cuando se compara lo que este clérigo erudito dice con tales pasajes como Mateo 25.41–46, 2 Tesalonicenses 1.7–9, Gálatas 5.19–21 y 2 Pedro 3.3–14 y varias otras referencias similares, se puede ver qué tan lejos están algunas personas de la verdad.

Al pesar de las opiniones del Doctor Ramsey y de otros como él, la Biblia es la única fuente de información que tenemos en cuanto a quién será admitido en ese reino eterno. Dios mismo nos dice quiénes estarán allá. La familia de Dios, que consiste en todos los hijos de Dios, son los que recibirán su herencia. Los que han nacido de nuevo de agua y del espíritu son los hijos de Dios y coherederos de su promesa (Juan 3.1–5). Son los que viven “en este siglo... sobria, justa, y piadosamente” (Tito 2.12), añadiendo las gracias que deberían de adornar la vida y el carácter de los verdaderos cristianos, los que viven fielmente aún hasta la muerte, que tienen la esperanza y la promesa de la vida eterna en el cielo. ■

©Copyright 1999, 2002, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados